
Casiano Floristán, un creyente libre y esperanzado

Consejo de Redacción

En la madrugada del pasado día 1 de Enero, falleció Casiano Floristán. Fue una muerte inesperada. Desde dos meses antes anduvo en clínicas y pruebas en Madrid y si bien los análisis fueron mostrando fallos fisiológicos inesperados, en el mediodía del 24 de Diciembre se puso en viaje –acompañado de un hermano y de un sobrino– a su querido y tantas veces nombrado pueblo, Arguedas. Pero con tanta convicción sobre su regreso, que a los miembros de la Comunidad de la Resurrección (de la que fue uno de los fundadores y su principal impulsor), les aseguró su regreso para el día 3 de Enero y su presencia en la celebración de todos los años el sábado siguiente al día de Reyes.

No fue así. Su viaje acabó en la presencia de lo numinoso, en el encuentro con su Dios, el Dios de los pobres y oprimidos a cuya búsqueda dedicó su vida y en cuyo encuentro tanto ayudó a otros.

Detalles de su vida privada, afectiva, de su vida pública, del desarrollo encomiable de su vida profesional con repercusión internacional a través de sus publicaciones y de su cátedra en el Instituto de Pastoral, se han publicado en periódicos, revistas, o se han colgado en Internet, antes y en los días posteriores a su muerte. No se encontrarán notas más claras y directas que las dadas a la publicación por él mismo en el nº 32 de esta revista (en “El autor se confiesa: Casiano Floristán”), en el nº 640-641 de *El Ciervo* (dando respuesta a la pregunta que era el título genérico de ese número doble: “¿Cómo se imagina usted el cielo?”) y muy especialmente, si se quiere profundizar en ello, en su libro de memorias y semblanzas *Convicciones y recuerdos* (Ed. San Pa-

blo, 2003); de forma especial en su primera parte (“Transiciones”). Su socarronería, muy propia y de la Ribera navarra, no evita que se trasluzca la profundidad de conocimiento, pensamiento y sentimiento.

Casiano Floristán escribía con exposiciones que hacían comprensibles temas profundos, convirtiendo en asequible lo que podía ser “galimatías intraducible” en otras manos. Una anécdota deliciosa refiere que, al ser aprobada en el concilio Vaticano II la Constitución sobre la liturgia, en 1963, propuso en la Facultad de Teología de Salamanca donde era profesor de pastoral y liturgia, que se celebrara una semana de actos litúrgicos, enunciándolos: el lunes, liturgia de la palabra; el martes, una catequesis mistagógica; el miércoles, un lucernario... Parece que un alumno preguntó con sorna y retintín: “Señor profesor, ¿qué es un lucernario?”, a lo que “aclaró” Casiano: “Una synaxis alitúrgica vespertina”. Carcajada general, que remató aclarando: “Ya se ve que nadie ha leído el eucologio de Serapión”. Es de esperar que a los aspirantes a liturgistas les aclarase, porque así hablaba Casiano, que lucernario es un rito antiguo de la luz, propio de los cristianos al anochecer y que se conserva todavía en la liturgia pascual.

Y esto, la gran valía del Casiano divulgador y comunicador, no tan citada en las referencias que de él se han dado en estos días, que los lectores de FRONTERA habrán notado en sus artículos, reseñas, críticas... y que, en las periódicas reuniones del Consejo de Redacción de la revista hemos conocido de cerca sus componentes, es lo que deseamos resaltar.

Tenía una fina apreciación y conocimiento de lo que sucedía en nuestro entorno. Vivía “con la antena puesta” y de ahí le venían sugerencias de temas, preguntas sobre lo que sucedía e inagotables y fecundas opiniones.

Sacaba “chispa” de lo aparentemente nimio y, por ejemplo, en lo que estaba ocurriendo en el Real Madrid –el club de sus amores, con permiso del Osasuna–, no veía sino un reflejo de lo más profundo que estaba ocurriendo en otros sectores de la vida, de nuestra sociedad, de nuestra realidad religiosa.

Siempre tuvo a mano alguna propuesta para suplir la colaboración “que no llegaba” a la hora del cierre de un número. O para el planteamiento “total” (tema y desarrollo) de un número, que

no siempre se aceptaba tal y como él hubiera deseado, pero que en los demás compañeros del Consejo de redacción nos despertaba ideas, nuevas búsquedas, propuestas de cuestiones con las que “redondear” el número.

Sin duda todo empezó con su dedicación a la teología pastoral o teología práctica. Fue capaz de recoger las aportaciones de la sociología y otras disciplinas y traducirlas a las formas celebrativas de la fe, imbricadas con la realidad de la vida. Casiano era de los teólogos que van desapareciendo, abrumados y aburridos por las palabras, formas, compromisos y documentos de nuestra conferencia episcopal. Sin embargo, en los 36 años largos compartidos con él en las tareas de redacción de FRONTERA, nunca se percibió en él insinuación alguna que se moviera en zonas de heterodoxia doctrinal o práctica. Casiano fue un hombre bueno, fiel al Evangelio y merecedor de mejor reconocimiento por parte de la Iglesia que tanto amaba.

Será sólo una coincidencia en tiempo y espacio, pero Casiano Floristán ha muerto dejando en su ordenador, terminado, un libro pedido por su editor, suponemos que en línea con otros publicados por él sobre Navidad, Semana Santa... El tema de este, póstumo, son los funerales.

Cerramos esta nota en su memoria lamentando su pérdida, irreparable, e invitando a los lectores a descubrir, una vez más, en sus dos últimos artículos para la revista –publicados a continuación–, la doble faceta que animaba sus escritos: el talante pastoral (“Iniciaciones a la vida”) y la perspicacia llena de socarrería con que sabía captar la realidad de fondo en situaciones aparentemente superficiales (“La jerga futbolística”).

* * *

I. INICIACIONES A LA VIDA

Casiano Floristán

En las culturas religiosas antiguas tuvo un relieve especial la iniciación a la vida en general y a la vida religiosa en particular. El neófito era introducido a la vez en la comunidad humana y en el mundo de los valores espirituales. En el cristianismo la cuaresma nació como última etapa de la iniciación de jóvenes y adultos, con la misión de preparar su ingreso en la comunidad eclesial por medio del bautismo. Nuestra sociedad, en cambio, ha olvidado el valor de la iniciación. Da más importancia a la instrucción cultural de las escuelas, colegios y universidades –basada en los conceptos–, y al aprendizaje propio de los talleres –caracterizados por la repetición de unas prácticas. Naturalmente, la instrucción, el aprendizaje y la iniciación son elementos indispensables en la formación y educación religiosa del ser humano.

Recordemos con los sociólogos que las tres instituciones de transmisiones culturales y religiosas más importantes hasta hoy –la Iglesia, la familia y la escuela–, tienen muchas dificultades para lograr la reinserción de sus propios miembros. Los sacerdotes se dan cuenta de la dimisión religiosa de los jóvenes, los padres hacen ver el distanciamiento de sus hijos en el seno de la familia y los maestros advierten la dificultad de crear en el aula suficiente atención e interés respecto a temas vitales por parte de sus alumnos. Quizá, por eso, hay una gran preocupación en las sociedades modernas y en las Iglesias por rescatar pautas de comportamiento, convicciones sólidas, símbolos de solidaridad y gestos de adhesión, con objeto de transmitir creencias y valores sólidos de una generación a otra.

Según los historiadores de las religiones, las sociedades premodernas –de tipo oral, sin escritura– asignan una función primordial a la iniciación. En las religiones arcaicas, por ejemplo, cobra importancia la iniciación como conjunto de ritos y enseñanzas orales, a lo largo de un cierto tiempo, para lograr la identificación de sus miembros jóvenes con la comunidad adulta. Mircea Eliade, conocido historiador de las religiones, recuerda que la iniciación es uno de los fenómenos espirituales más significativos de la historia de la humanidad.

Iniciación significa entrada, educación, apropiación de sabiduría vital. Mediante la iniciación, una persona acepta los modos de pensar y obrar del grupo y se inserta vitalmente en él. Consiste en experiencias que intentan ser definitivas, ya que la iniciación equivale a un cambio de estado, a una transformación del ser. Son momentos iniciáticos importantes: el tránsito a la edad adulta, la libre entrada en un grupo vital, el matrimonio y la muerte.

La iniciación religiosa equivale a entrada en el mundo de lo sagrado, mediante un mensaje y unas ceremonias grupales. De este modo el candidato abandona su vieja condición anterior y adquiere una nueva. El iniciado vuelve a nacer de nuevo. En las religiones coincide la iniciación con la edad de la pubertad o de la juventud y se lleva a cabo comunitariamente con solemnidad.

La iniciación religiosa cristiana tiene lugar hoy con niños –alejada de convicciones personales adultas– en el rito del bautismo de infantes y en la catequesis y celebración de la primera comunión. En sus primeros pasos ha sido hasta hoy tarea de la mujer –madre, tía, abuela– a base de oraciones infantiles al pie de la cama, besos al Niño Jesús o al crucifijo, subidas al camarín de la Virgen para venerar su imagen, aprendizaje de fórmulas básicas, romerías a la ermita y asistencia a las procesiones. Hoy se muestra insuficiente por centrarse en los niños. El ideal es que se lleve a cabo con jóvenes y adultos, para ayudarles a pasar del sin sentido de la vida al sentido cristiano de la existencia, mediante la conversión, en el seno de un grupo o comunidad.

Las iniciaciones a las distintas facetas profundas que tiene la vida sólo son posibles a través de palabras y ritos en grupo, con la ayuda de iniciadores, para adentrar a los candidatos en lo medular del misterio de la vida y captar el sentido de un aspecto básico de la existencia o de su totalidad. Esto exige en el mundo cristiano tomar en serio el mensaje bíblico, participar en las celebraciones comunitarias y aceptar personalmente los comportamientos evangélicos en el mundo familiar, laboral y político.

Aunque el proceso educativo dura toda la vida, hay una etapa fundamental iniciática que, de ordinario, se desarrolla en los años juveniles de una persona, como anticipo del comportamiento adulto. Toda iniciación cultural anticipa lo que se hará más tarde en la etapa de la madurez, hasta que el candidato sea un miembro social con plena garantía.

La iniciación es, pues, un aprendizaje de normas, valores, símbolos y comportamientos. De una parte incluye las funciones socioculturales, simbólicas y políticas correspondientes a modelos relacionados con la vida y la muerte y la pertenencia a un grupo social exigente. De otra, afecta plenamente a lo más profundo de la persona.

Las dificultades que acechan a las iniciaciones son evidentes. Basta observar la escasa coherencia que tiene la sociedad moderna y la dificultad que hoy posee la juventud en su integración social y religiosa. Recordemos que las iniciaciones culturales y religiosas son vitales, necesarias e incluso imprescindibles ya que afectan a algo medular. Se basan en experiencias directas que se repiten y exigen un cierto proceso de aprendizaje y maduración. En una palabra, es necesario que recuperemos el valor de las iniciaciones a la vida.

* * *

II. LA JERGA FUTBOLÍSTICA

Casiano Floristán

El término *jerga* equivale al lenguaje especial y familiar que usan entre sí personas con la misma profesión, oficio o actividad. Médicos, abogados, ingenieros, toreros, curas y periodistas tienen su propia jerga. Una persona profana anda mal para entender el lenguaje particular de algunos profesionales. Ni siquiera le es suficiente un diccionario, pues muchas palabras de la jerga no han llegado a la Real Academia Española.

El mundo del fútbol ha elaborado en estos últimos años una jerga nueva, propia de periodistas deportivos y amantes de este deporte. Reconozco, como aficionado al fútbol y a la lexicografía, que nuestros reporteros de fútbol han progresado mucho. Se han formado en escuelas de periodismo, han hecho méritos al ser “meritorios”, se han desplazado a campos deportivos de tercera regional, han tenido que improvisar sus crónicas, se nota que algunos poseen una cultura sólida y hasta se atreven los más osados a escribir con ironía y gracejo.

Hay creadores de jerga futbolística como Jorge Valdano, autor de la expresión “miedo escénico”, equivalente a la presión intimidatoria del Santiago Bernabeu en el equipo visitante, o el término “sociedad” para expresar el entendimiento deportivo, por ejemplo, de un extremo y un delantero centro. Alfredo di Stefano dice que en sus tiempos “mandó un balón y le devolvieron un melón”. Se echa en falta en los micrófonos de la radio a José María García, quien veía por doquier “abrazafarolas” y “chupópteros”.

Los reporteros argentinos son maestros en el arte de narrar partidos, fieles a “la pompa, despampanante de la Pampa”, como sentenció Muñoz Alonso. En plena noche “el larguero”, el “tirachinas” y otros programas deportivos rivalizan en entrevistas con los presidentes de los clubes, uno a uno, a cual más parlanchín y presumido.

De los once futbolistas de un equipo, el que genera una jerga mayor es el portero, llamado “arquero” en Argentina. Si sale a destiempo de su arco o meta, y el delantero contrario le mete un gol, se dice que “fue a por uvas”, a “cazar mariposas” o que “atrapó un puñado de aire”. Otros creen que hizo “una cantada”. Los defensas y medios, en cambio, no contribuyen a enriquecer el argot futbolístico. Su oficio es más sobrio y aburrido en la “cancha”.

Los delanteros son mimados por la jerga futbolística. Cuando están “en estado de forma” (se supone que física), “en estado de gracia” (quizás recién confesados) o simplemente “en estado” (más propio de una mujer embarazada), se asegura que “están en la pomada” o que han destapado “el tarro de las esencias” (imitando a los toreros gitanos), como si sus patadas y codazos fueran perfumes marca Chanel. Hay futbolistas que tiran las faltas frente al marco contrario como el proyectil de un “obús” o en parábola, a lo brasileño, como una “folia seca” que se eleva con dinamismo y cae mansamente. No faltan los que meten goles de “vaselina” o se lucen con una “rabona” o un “aguanís”.

Los jóvenes futbolistas que empiezan su “carrera” –nunca mejor dicho–, son recomendados por sus entrenadores a que salgan al campo “a divertirse” y jueguen “con desparpajo”. No importa que metan un gol “de churro”; eso sí, tienen que “robar” el balón al contrario. A veces, el equipo considerado superior en un partido no tiene más remedio que ponerse el “mono de trabajo”, si quiere vencer a un “once” modesto. La operación más complicada de entender del fútbol es el “fuera de juego”, verdadera prueba para quienes se aficianan a este deporte.

Si un futbolista despedido por ser excluido de un club o no ser admitido –dada la valía que él se atribuye–, se despachó a gusto con un periodista, sin miramiento alguno, se dice que tuvo una “rajada”. No siempre se cumple la consigna de que “la ropa sucia se lava en casa”. Lo que digan los futbolistas como crítica o insulto a su propio presidente o entrenador, debe quedarse en “el vestuario”.

Se han dado casos de entrenadores fanfarrones, que ganaban partidos “sin bajarse del autobús” o “sin despeinarse”. Uno, en plan castizo, llegó a decir que se juega mejor con “diez” que con “once”. Los hay que prefieren jugadores “de inspiración” o “violinistas”, en lugar de futbolistas “de orden” o “boinas verdes”, pero en muchos partidos dan sensación sus equipos de entretenerse con “bolos” o “pachangas”. Se conforman con un equipo “amarrategui”, sostenido por una “defensa numantina”. El colmo de la jerga deportiva fue la frase lapidaria de Boskov, cuando dijo con sabiduría oriental: “fútbol es fútbol”. Sin hermenéutica apropiada, es frase enrevesada de entender.

Hay equipos en los que un futbolista destacado –suele ser el capitán– se dispone a “tirar del carro”, sin tener en cuenta, como piensan los malabaristas del balón, que “correr es de cobardes”. La palma de la jerga futbolística se la lleva el que llamó “galácticos” a los “balones de oro” que año tras año ficha Florentino Pérez en el Real Madrid, gracias a los cuales vende el club “blanco” miles de camisetas en cuatro continentes, ya que en el quinto, África, no hay un duro, sino hambre y ganas de llegar en miserables pateras a la otra orilla, la de los opulentos.

Muchos lectores de periódicos diarios empiezan a escudriñarlos por los deportes o sólo se detienen en ese rincón. Al parecer, no les interesa la política nacional o internacional, la cultura, los avances científicos o la gastronomía. Son aficionados que conocen de sobra y manejan como nadie la jerga futbolística.